

PINTURA ESPAÑOLA DE MEXICO

Por Juan Rejano

La obra de los pintores españoles que salieron de su país al finalizar la ^{última} guerra ~~de liberación nacional~~ ^{civil} (1936-1939) y se acogieron al asilo político de México, tiene desde su iniciación misma una clara significación histórica, determinada, en lo fundamental, más que por sus valores intrínsecos, cualesquiera que ellos sean, por las circunstancias extraordinarias que la hicieron posible. Nacida de uno de los grandes acontecimientos que han estremecido nuestro siglo, ^{ello} ~~este hecho~~ ^{no obstante,} ~~pero~~ hubiera bastado para ^{conferirle} ~~imponerle~~ tal ^{rango:} ~~particularidad:~~ sin embargo, en ella se origina otro fenómeno de ^{no menor entidad,} ~~simplemente relevante,~~ como es el conocimiento mutuo y directo que por medio de sus artistas se ven impelidos a emprender dos pueblos, unidos, sí, de antiguo, por lazos de sangre, de lengua, de cultura, pero sin que esos lazos llegaran a anudarse en lo más íntimo del espíritu con el contacto vivo y masivo que en esta ocasión se producía. Y lo mismo cabría decir de los escritores, de los ^{de los arquitectos,} músicos, ~~de~~ todos los artistas e intelectuales españoles que llegaron a México por la ~~misma~~ ^{época} ~~época~~ y con idéntico motivo, y que un día, ante la nueva vida que se abría a sus ojos, hubieron de recomenzar sus tareas junto a unos hombres desconocidos que eran, a la vez, sus hermanos, y con un espíritu de aventura que, al mismo tiempo, suponía una continuidad.

Pocas veces, que nosotros recordemos, se ha dado un caso semejante en la crónica de los grandes movimientos migratorios. En el siglo XIX, por ejemplo, más de una vez los artistas, los escritores españoles, víc-

timas de las persecuciones políticas y de las luchas intestinas, se vieron obligados a tomar el camino del destierro y radicarse en países como Inglaterra, Francia, Italia. Pocos son los que ignoran, por otra parte, que en México, antes de 1939, vivieron y trabajaron en distintas épocas pintores españoles, ni tampoco que pintores mexicanos hicieron lo mismo en España, a veces por largo tiempo. Pero ninguno de estos casos puede emparentarse con el de la emigración republicana española, ni por el número de artistas e intelectuales que en ella venían, ni por la profundidad de las causas que decidieron su expatriación, ni por el país que les tendía las manos. Ahora se trataba de algo más profundo y permanente, de algo que, en un mundo menos desgarrado por la violencia y la injusticia, difícilmente habría podido producirse. Ahora se trataba del encuentro, del acercamiento y, en algunos casos, de la fusión de dos ramas de una misma cultura, alejadas, distantes entre sí, cada una con sus características nacionales propias y, desde luego, no prevenidas para tan insólito trance. ¿Qué saldría de él? ¿Cuáles serían los resultados? Estas preguntas, si alguna vez han sido formuladas, todavía están por contestar y sólo podrá darles respuesta la historia, la propia historia que las lleva en su seno. Nosotros, sin embargo, pensamos que el balance que un día pueda establecerse será, además de positivo, ejemplar, entendiendo aquí por ejemplar la posibilidad de ofrecer los términos cabales de una experiencia no dispuesta de antemano, aunque desconocida hasta ahora, independientemente de la diversa fortuna que por separado haya podido correr cada uno de los implicados en ella.

Es posible, incluso, que ni los mismos protagonistas de este drama, animado con tan crueles trazos primero y con tan promisorios acentos después, se dieran cuenta, al principio, de lo que iba a suceder, de lo que estaba sucediendo ya. Acosados por la adversidad, perdida la patria,

llevando sobre sí la pesadumbre de una derrota inmerecida tras una sangrienta batalla de cerca de tres años, quizá la primera reacción de aquellos hombres desposeídos de todo no fuese otra que la de procurarse lo más elemental, el goce de la libertad ^{en primer lugar} ~~inmediato~~, sin que en su mente empezara a dibujarse todavía con claridad el mañana. Para ellos, lo que seguía contando era el pasado, el pasado inmediato: una inmensa herida abierta en el pecho de la Península, un fulgor degollado cuando estaba a punto de desembocar en el alba. La fe que habían puesto en la victoria no podía desvanecerse en unos días, ni el cambio de destino que se ^{operaba} ~~producía~~ en sus vidas ~~se representaba~~ ^{representaba} como cosa natural. Todo debía ^{transcurrir en su destino} ~~representarse~~ como entre las brumas de un sueño. Ya lo dijo, con otras palabras, uno de los poetas de la emigración, José Moreno Villa, pintor y crítico de arte también:

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.

Confusa marejada, con un sentido arcano,

impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.

Es decir, ninguno de ellos esperaba, meses antes, días antes de que cesara el combate, una tan inusitada mudanza. Todavía llevaban en ~~sus~~ sus plantas la tierra de España. Todavía se reflejaba en sus ojos la luz de los cielos españoles. ¿Cómo explicarse tan súbito y radical trastorno? Y sin embargo, ya en camino de México, en la soledad del mar, a bordo del "Sinaia" que conducía el primer contingente numeroso de republicanos españoles, los pintores que entre ellos venían tuvieron, por decirlo así, como una revelación de ese futuro inminente que les aguardaba, esto es, empezaron a aprehender la realidad mexicana antes de conocerla ni vivirla. O, para decirlo con mayor precisión, dieron sus primeras pinceladas. Y cabría añadir: mexicanas. Pinceladas mexica-

nas. Pinceladas que, en unión de algunos ensayos y poemas de los escritores que también se encontraban en el barco, iluminaron las páginas de un álbum destinado al general Lázaro Cárdenas, entonces presidente de la República, como testimonio colectivo de gratitud y cariño. Fue, por cierto, en ese álbum donde el poeta Pedro Garfías dio a conocer por vez primera su poema "Entre España y México. A bordo del Sinaia", que habría de hacerse famoso con los años, y que termina con estos versos:

Pueblo libre de México:

como otro tiempo, por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.

Pero eres tú esta vez quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!

Así, cuando aún no asomaban a lo lejos las costas del Golfo ni el Pico del Orizaba, cuando todavía era un enigma el signo que cabalgaba sobre el horizonte, comenzó, también por vía inesperada, una obra que, más que recuerdo, era ya esperanza: júbilo más que lágrima. El júbilo que despierta todo acto creador, por mínimo que sea.

Pero aún hay más. Apenas habían puesto el pie en la tierra de México, otro acontecimiento no menos significativo les sale al encuentro a los pintores españoles emigrados: David Alfaro Siqueiros, con impulso generoso, invita a algunos de ellos a formar parte del equipo que, dirigido por él, ejecutaba en aquellos días unos murales en el Sindicato de Electricistas--murales a los que el gran pintor ya desaparecido atribuía una especial importancia para el desarrollo del movimiento pictórico mexicano. José Renau, Miguel Prieto y Antonio Rodríguez Luna fueron los pintores llamados por Siqueiros a compartir tarea de

tanta responsabilidad, y ellos aceptaron complacidos el requerimiento no sólo por un deber de cortesía y gratitud, sino atraídos sin duda por el interés profesional que la nueva experiencia guardaba. Lo que a ella pudieron aportar estos tres pintores españoles, muy jóvenes entonces y apasionados ya por todo lo que al destino de la plástica se refería, no importa tanto ahora como el hecho en sí: el hecho de que sus ~~primeros~~ ^{iniciales} pasos estuviesen encaminados hacia una colaboración fraternal con los artistas del país que era ya su nueva patria. Cuando meses después acudían con sus obras a la primera exposición colectiva que la Junta de Cultura Española organizó en su domicilio de la ciudad de México, es seguro que su espíritu iba fortalecido por este primer contacto con sus hermanos de México y enriquecido con el conocimiento vivo del muralismo mexicano.

^{Esta} ~~La~~ ^{de} exposición ^{el} abierta por la Junta de Cultura Española tuvo ^{la} ~~la~~ ^{virtud de presentar al público de México un interesante conjunto de} virtud de ofrecernos en su conjunto las primeras obras realizadas por los pintores de la emigración republicana cuando aún no se cumplía un ~~un~~ año de su llegada a México. En su mayoría, eran obras, como cabía esperar, transidas de nostalgia ^{a veces} y de dolor: el dolor y ~~la~~ nostalgia de la tierra perdida, de los lugares de origen, ^{la tragedia} del ~~drama~~ vivido en días y noches, en meses y años inacabables, inolvidables. Oleos, acuarelas, ~~xilografías~~, litografías, en apasionada expresión, reflejaban, más o menos directamente, ~~abrazamiento~~ según la personal estética de cada expositor, el sentimiento de lo que había quedado atrás, pero que ahora, ^{convocado por} bajo los poderes mágicos del arte, recobraba su sobrecogedora presencia. En algunos casos, lo español delataba su ^{del} identificación, no en el tema, sino en algo inasible, ~~en algo~~ indefinible, que rodeaba lo expresado, y que ^{podía} ~~podía~~ llamarse, unas veces, tradición, otras escuela, otras ^{oficio} técnica, simplemente. ¿Y cómo podía suceder cosa distinta, si la tierra que acogía a estos artistas, es decir, la tie-

rra de México, sólo empezaba entonces a revelarles su compleja personalidad, su entraña desnuda? Tratar, por lo tanto, de llevarla al lienzo o al grabado hubiera sido, en el mejor de los casos, caer en el fácil terreno del folklore, en la estampa anodina. Leves indicios de aproximación a lo mexicano apuntaban ya, ciertamente, en algún que otro positor, pero sin trasponer su incipiente propósito. Lo que predominaba en la muestra era la imagen de lo español, en una gradación que, sin separarse del figurativismo clásico o tradicional, iba del testimonio dramático a la ambiciosa transcripción poética de lo real. De esta exposición escribió José Bergamín:

"En estos lienzos, sin excepción ni preferencia, con mayor o menor acierto, encontrarán los ojos avisados aquel entendimiento apasionado de la verdad que fue siempre en el mundo el único creador de obras excelsas. Al contacto de esta pintura española, en sus errores como en sus aciertos, podrá prenderse fácilmente el espectador de aquella veracidad animadora que los expresa. Y que es la verdad popular, siempre dolorosa y alegre, de nuestra España: allá sojuzgada, aquí peregrina."

Las anteriores palabras de José Bergamín robustecen cuanto hemos dicho hasta aquí. Con ellas cerramos la primera jornada de esta reflexión, en la que nos proponemos seguir, sólo en líneas generales, claro está, la suerte de una pintura y unos pintores que, en extremada ocasión, abandonaron su solar nativo para refugiarse--¿para salvarse?-- en México.

x x x

A partir de los meses de mayo y junio de 1939, y en sucesivas expe-

diciones de emigrados republicanos, llegaron a México, en número considerable, los primeros pintores españoles. Luego, en meses o años posteriores, se les sumaron algunos—muy pocos—más, y finalmente, a medida que el tiempo fue transcurriendo, se les incorporaron también aquellos que, habiendo entrado al país cuando eran niños o adolescentes, aquí les brotó o se les desarrolló la vocación pictórica—en algunos de ellos, por cierto, con bastante fortuna.

(Y aquí una digresión necesaria. Se ha discutido mucho acerca de la condición de estos jóvenes, como también de la de aquellos otros de su mismo origen que se han dedicado a las letras y las ciencias. ¿Deben ser considerados como españoles o como mexicanos?—ha sido el punto central del debate. Para nosotros, que a ratos hemos participado en él, son sin duda mexicanos: su obra, como su vida, ha crecido en México y probablemente en México ha de seguir creciendo y nutriéndose de su savia. Por ello, difícilmente tendrían cabida en estas páginas cuyo propósito se contrae a los pintores que al advenir la guerra española—y a pesar de que algunas historias del arte español editadas en la Península en años recientes ni siquiera los mencionan—tenían ya acreditada una obra o estaban en camino de acreditarla. No obstante, hemos creído conveniente fijar aquí sus nombres y algunos rasgos de su pintura, ya que de alguna manera están relacionados con el fenómeno del éxodo republicano.)

En suma, y si nuestros datos son correctos, pasan de setenta los pintores, grabadores y dibujantes españoles que después de la guerra del 36-39 vinieron a radicarse en México o han vivido transitoriamente en este país. +Cifra tan elevada nos obliga al método de la selección en cuanto a los autores, buscando siempre la mayor representatividad, y al de la síntesis en cuanto a los juicios que nos merezcan las obras respectivas. Sólo disponemos de un espacio no muy dilatado y por fuerza hemos de ajustarnos a él.

El catálogo, ~~que~~ acaso con alguna involuntaria omisión, es el siguiente:

Aurelio Arteta, Aureliano García Lesmes, Cristóbal Ruíz, Gabriel García
Maroto, Ricardo Marín, Ceferino Palencia, Salvador Bartolozzi, Roberto
Fernández Balbuena, José Moreno Villa, Enrique Climent, Jesús Martí,
Manuel Fontanals, Francisco Tortosa, Ruano Llopis, Camps Ribera, Augusto
Fernández, Carmen Cortés, ^{Jordi Camps} Francisco Rivero Gil, Arturo Souto, Remedios
Varo, José Renau, Miguel Prieto, José Bardasano, Antonio Rodríguez Lu-
na, José Frau, Ramón Gaya, Manuela Ballester, Mariano Rodríguez Orgaz,
Soledad Martínez, Ramón Peinador, Germán Horacio, Juan Eugenio Mingoran-
ce, Ramón Pontones, ^{Blaukino Garcia Ascot,} Luis Marín Bosqued, Elvira Gascón, José Bartolí, Jo-
sé Luí Pasajes, Julio Montes, Marcelino Porta, José M. Giménez Botey,
Juana Francisca, Lizarraga, María Luisa Martín, Eduardo Robles, Tisner,
María Teresa Toral, Pablo Almela, Ernesto Guasp, Sunyer, Juanino Renau,
Rafael Hernández Méndez, Enrique Rebolledo, José García Narezo, Moreno
Capdevila, Antonio Peláez, Xavier Oteyza, José Vela Zanetti, Vicente Ro-
jo, Benito Messeguer, Lucinda Urrusti, ^{Marta Palau} Ramón Puyol Carnés, Antonio Pey-
rí, Manuel Tarragona, Antonio Rodríguez de la Serna, Vicente Gandía,
Ana María Peanins, Tony Sbert, Juan Somolinos Palencia, ^{José María Gar-}
cía

La pintura española, al estallar en la Península la sublevación militar del 36, se recobraba todavía, venturosamente, de un pasado muy cercano, indiferente, en lo general, a las ideas y corrientes estéticas de verdadera renovación. Sobre ese pasado había caído como ~~una~~ ^{una} losa la herencia del siglo XIX, un siglo que si en su primer tercio se iluminó con los últimos resplandores del genio de Goya—de los cuales, dicho sea de paso, arranca toda la pintura moderna—, en los restantes años apenas puede liberarse de la postración a que lo llevara el inerte neoclasicismo, primero, los débiles brotes, después, de un romanticismo nutrido casi siempre en el pintoresquismo costumbrista, y finalmente el pétreo academicismo lejanamente tocado alguna vez por los aires impresionistas. Ni la presencia—fugaz—de un Eduardo Rosales hacia la mediación, ni la de un Darío de Regoyos y un Isidro Nonell en las postrimerías, redimen a esa centuria de su prolongada pobreza de invención y de espíritu, como no bastan, de igual modo, el luminismo panteísta del mejor Sorolla, el simbolismo literario de un Zuloaga y la autenticidad tremendista de un Gutiérrez Solana, para levantar en su conjunto un arte que aún tenía los ojos vueltos hacia atrás. Acaso para algunos sea difícil comprender que a la misma hora en que Picasso, Juan Gris, Miró y otros pintores españoles están realizando fuera de su país una de las más profundas revoluciones que se han generado en las artes plásticas, en España, aunque con disfraz de modernidad, se siga añorando—por no decir cultivando—el llamado cuadro de género o el de tema histórico y sólo se registren algunos progresos al influjo de lo literario o de otros motivos ~~extrapictóricos~~ ^{trapeéticos}. Sin embargo, en las dos décadas anteriores a la contienda civil, aproximadamente, se ^{desarrolla} ~~inicia~~, como decíamos antes,